

Teléfono

Percival Everett

Traducción de
Javier Calvo



DE CONATUS

COLECCIÓN ¿QUÉ NOS
CONTAMOS HOY?
NOVELA

TELÉFONO

Percival Everett

Traducción

Javier Calvo

COLECCIÓN **¿QUÉ NOS**

CONTAMOS HOY?

NOVELA

Título:

Teléfono

De esta edición:

© De Conatus Publicaciones S.L.

Casado del Alisal, 10

28014 Madrid

www.deconatus.com

Copyright © 2020 by Percival Everett

Spanish translation rights arranged with Melanie Jackson Agency, LLC

Título original: *Telephone*

© De la traducción: Javier Calvo

Primera edición: febrero 2026

Diseño de colección y cubierta: Álvaro Reyero Pita

ISBN epub: 978-84-10182-34-9

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede reproducirse total ni parcialmente, ni almacenarse en sistema recuperable o transmitido, en ninguna forma ni por ningún medio electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación ni otra manera sin previo permiso de los editores.

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

comunicacion.deconatus@deconatus.com

Para mis hijos

Lo veo con total claridad; hay dos situaciones posibles: se puede hacer una cosa u otra. Mi opinión sincera y mi consejo de amigo es el siguiente: hazlo o no lo hagas, da igual; de ambas cosas te arrepentirás.

SØREN KIERKEGAARD

Pato, pato, ganso



1

La gente, y con esto me excluyo a mí, nunca busca la verdad, sólo quiere satisfacción. No hay nada peor, con la excepción de ciertas enfermedades

dolorosas y letales, que una verdad insatisfactoria y cutre. En cambio, una mentira satisfactoria es demasiado fácil de aceptar, y hasta de abrazarla y acurrucarse en ella. Igual que los pensamientos siempre traen consigo una dimensión de pensamientos asociados, también las acciones traen acciones asociadas, cargadas de intenciones y resultados imprevistos e impredecibles, buenos o malos; e incluso las cosas, las cosas mismas, traen otras cosas asociadas y provistas de perspectivas y dimensiones imprevistas. Las verdades insatisfactorias... Igual que el fantasma de Banquo, son ideas que se sientan en el lugar del rey, ahora que las alusiones literarias están tan de moda. Menudas ideas. Es la esclavitud la que inaugura la senda a la felicidad.

Hic et nunc?

Me llamo Zach Wells. Wells es un buen apellido para un geólogo y paleobiólogo, que es lo que yo era. Sabía un montón sobre fósiles y cuevas, especialmente sobre los huesos que habían dejado las criaturas de hacía muchísimo tiempo. Siempre le decía a mi hija que necesitábamos cuidarnos los huesos porque al final sería lo único que quedara de nosotros, el único testimonio que quedaría de nuestras historias. En particular sabía muchísimo de una cavidad del Gran Cañón llamada la Cueva de la Nada, y de la vida avícola que había habitado en otros tiempos en ella. Qué esotérico, ¿verdad? En fin, sabía más del tema que la mayoría. Para clarificar la situación, debería señalar que la mayoría de la gente sabía más que yo sobre casi todo lo demás. Todo esto tenía y sigue teniendo poca importancia, o quizás trascendencia, pero por lo menos os da una idea de lo profunda y soporíferamente aburrido que soy. Os informa de que soy capaz de pasarme horas y horas en compañía de huesos, rocas y sedimentos, y más específicamente en cierta cavidad muy concreta de cierto muro rojo muy concreto situado a unos cuarenta y cuatro metros por encima del Río Colorado, en un lugar inaccesible salvo en helicóptero, y en una ocasión a bordo de una lancha de casco reforzado. Eso dice algo de mí, supongo, si es que hay algo que decir de mí. Un amigo mío murió en accidente de helicóptero mientras intentaba llegar a aquella cueva. Como soy un cabrón,

he regresado muchas veces a la cueva y sólo me he acordado muy brevemente de él. Eso os dice algo de mí, aunque no me deje en muy buen lugar.

Antes de hacer el posgrado, estuve en los marines. Fue una equivocación de la que nunca tuve que arrepentirme. No serví en ninguna guerra y tampoco mantuve relación alguna con el cuerpo después de irme. Hice buenos amigos que no volví a ver. No llegué a tatuarme.

Vivía en una ciudad llamada Altadena, en California. Estaba al norte de otra ciudad llamada Pasadena. Altadena suena como si fuera la parte alta de Pasadena. No sé qué significa Pasadena. Al parecer no lo sabe nadie. Hay demasiadas cosas que no sabe nadie, lo cual resulta reconfortante, hasta cierto punto. En el momento de escribir esto, no sé si viviré mucho más tiempo y vosotros no sabéis ni de qué estoy hablando. Me ha traído a este punto una simple nota, cuatro garabatos sobre un papel, unas palabras que podrían no significar nada, que yo podría haber permitido que no significaran nada. Pero eso no es realmente posible, ¿verdad?

Sicut in spelunca

Aechmophorus occidentalis. Dos fragmentos encontrados en nidos de ratas. Los pedazos eran demasiado pequeños para permitir su medición y la identificación de la subespecie. El somormujo es un residente invernal y migratorio muy común.

Antes tenía familia, esposa e hija, Meg y Sarah. Cuando mi hija todavía lo podía entender, intenté explicarle que en este mundo hay gente que caza a mujeres. Intenté decírselo sin decírselo, sin expresarlo en un lenguaje claro. No quería que fuera por la vida con miedo. Y terminó no teniéndolo, aunque sólo fuera porque no se daba cuenta de las cosas. Fue algo bueno y a la vez triste.

Al otro lado del largo y muy antiguo Puente de la Calle Stanton de El Paso, Texas, hay un pueblito mexicano no tan pequeño llamado Ciudad Juárez. El Puente de la Amistad, el Puente del Río Bravo, el Puente de Ciudad Juárez a Stanton, El Paso. Al otro lado de aquel puente se daba caza

a cientos de mujeres, se las perseguía, violaba, encarcelaba, torturaba y mataba. Eran en su mayoría morenas y de constitución delgada, igual que mi hermosa Sarah. Lo creáis o no, esa historia forma parte, en un sentido vago y amorfo, de esta historia.

Había quien decía que en una veintena de años habían desaparecido o habían sido asesinadas doscientas mujeres. Otros decían que la cifra se acercaba más a las setecientas. La gente es así con las cifras. Te dirán que no son setecientas, sólo trescientas, doscientas, como si cien no fuera una cifra completamente horrible, o cincuenta, o veinticinco. Nadie sabía quién mataba y secuestraba a aquellas mujeres. Quizás los carteles de la droga, decían algunos. Quizás bandas itinerantes de depredadores sexuales. O adoradores del diablo. Quizás invasores del espacio. Hombres, eso sí. Eran hombres. Siempre hombres.

Las cifras eran enormes, obscenas, hediondas. Olga Pérez. Cientos de mujeres sin nombre. Edith Longoria. Cientos de mujeres sin cara. Guadalupe de la Rosa. Nombres. Un nombre. María Nájera. Resultaba muy simple, seguro y fácil hablar de cifras en El Paso, a un mundo de distancia. Nadie echa de menos a quinientas personas. Nadie echa de menos a cien personas. En Juárez, en cambio, siempre era una persona. Una hija. Una amiga. Una cara. Un nombre. Alguien echa de menos a una persona.

De Corpore

Hay gente a la que no se le da bien ser feliz. Y cuando digo gente, me refiero a mí. No es que estuviera desolado, ni tampoco digo que tenga nada de malo estar triste, ni que quisiera ser desgraciado ni sentir melancolía, pero no me sentía satisfecho, sea lo que sea que significara, o signifique, estar satisfecho. Era extraño que no estuviera contento con mi vida, porque tenía muchas de esas cosas que supuestamente traen la felicidad. Tenía una compañera lista y luminosa, a quien apreciaba pese a no estar completamente enamorado de ella, y con quien estaba contento de compartir los asuntos cotidianos y mundanos de la vida. Era consciente de

que debería haberla amado del todo, pero siendo el infeliz desgraciado que soy... Tenía una hija preciosa de la que me sentía completamente enamorado, cada día más. Aun así, arrastraba una capa palpable de melancolía que me envolvía y que no me podía quitar de encima. Nuestra casa era cálida, cómoda y, aunque no era enorme, tampoco era pequeña. Mi trabajo consistía en estudiar las cosas que había elegido estudiar, por áridas que fueran, y trabajar con gente más o menos interesante y decente, por árida que fuera. Se me daba bien mi trabajo, obtenía un reconocimiento ocasional por ello y no me imaginaba a mí mismo haciendo otra cosa. Aun así, de vez en cuando volvía del trabajo, me quedaba sentado en el coche frente a la casa y me planteaba en silencio, planeándolo con frialdad, el más egoísta de los actos, el suicidio. La culpa que me provocaban aquellos pensamientos suicidas ya era suficiente para hacer que me quisiera matar. No llores por mí, Argentina. Las mañanas después de tener aquellos pensamientos egocéntricos, idiotas e indolentes siempre eran extremadamente luminosas, o por lo menos yo estaba, o intentaba estar, extremadamente deseoso de enmascarar cualquier rastro de mi desesperación y de mi odio a mí mismo, de levantar una fachada para bien de mi familia y de mi hija. Me planteaba la posibilidad de estar sufriendo depresión clínica y entendía de forma racional que, en caso de sufrirla, no tenía nada de que avergonzarme; que era un problema médico, una cuestión de química cerebral. Pero terminaba pensando: ¿y qué? ¿Qué más daba si no era feliz? Mi felicidad estaba sobrevalorada. Mi hija era feliz. Mi mujer no tenía preocupaciones. Pero me movía por la vida con cautela, y la cautela en el amor es fatídica de cara a la felicidad genuina.

Teratornis merriami. Descubiertos tres especímenes de un teratorno gigante: parte de un húmero derecho y dos cráneos. Los cráneos se descubrieron en el recinto principal y en el estrato de los 25 a los 50 centímetros, correspondiente a finales del Pleistoceno. Una vez hechos los moldes, el húmero se envió al Departamento de Geociencias de la USC para su datación mediante radiocarbono. Se estimó que databa del 14.000 AP.

Fue un movimiento descuidado; no temerario, pero sí despreocupado,

nada propio de mi hija. Siempre había sido una jugadora precavida. Le examiné la cara, observé la expresión concentrada de sus ojos castaños y me resultó familiar: la había visto y me había maravillado de ella muchas veces. Su mirada era resplandeciente, dorada y penetrante, y sin embargo por alguna razón el descuido de aquella jugada parecía importante. Estaba muy claro que era una equivocación por falta de atención, la típica que yo podría haber cometido una y otra vez; en su caso, sin embargo, era lo bastante impropio como para que yo le preguntara si estaba segura de que era lo que quería hacer. Hacía un par de años que yo no le preguntaba nada parecido, y se quedó desconcertada, o por lo menos un poco indignada. Se limitó a mirar cómo yo le capturaba el caballo con un alfil muy evidente.

—No lo había visto —me dijo.

—Está claro. —Sostuve su caballo capturado en la palma de la mano; no quería magnificar el incidente colocándolo sobre la mesa—. Me sorprende viniendo de ti. —Ya hacía un año que Sarah era una ajedrecista mejor que yo, mucho mejor—. A todo el mundo se le puede pasar algo por alto. Mírame a mí, por ejemplo. Para mí, la nesciencia es una táctica.

Ella no levantó la mirada del tablero.

—¿Estás bien?

—Creo que sí —dijo. Me echó un vistazo, se quedó mirando un momento más el tablero y por fin abandonó, quitando al rey en vez de derribarlo como acostumbraba a hacer—. ¿Qué carajo significa nesciencia?

—Es un regalito de palabra que te he hecho.

—Preciosa.

—Me alegro de que te guste.

—¿Habéis acabado ya? —preguntó mi mujer mientras pasaba por la sala; era su forma de decir que alguien debería empezar a hacer la cena.

—Eso va por mí —dije.

Sarah me siguió a la cocina.

—¿Cómo puedo no haber visto ese alfil? —preguntó, dirigiéndose más a sí misma que a mí.

—Cosas que pasan. A todos se nos escapan detalles. Por ejemplo, seguramente no te has fijado en lo guapo que estoy hoy. Es porque me he olvidado de afeitarme.

—Sí, a mí también.

Abrí la nevera.

—A ver, ¿qué opciones tenemos? ¿Qué podemos comer? ¿Cordero o cordero? —Cogí el paquete envuelto en papel.

—Lo que sea menos cordero —dijo Sarah.

—Vale, pues cordero. Hay que fijarse en la fecha de caducidad. —Olisqueé el paquete y se lo acerqué—. ¿Qué te parece?

Se apartó.

—Odio el olor del cordero.

—Creo que huele lo bastante mal como para comérselo. ¿Lo acompañamos con brócoli y arroz?

—Claro. Disfrutemos de la vida. Voy a hacer una ensalada.

Puse el cordero sobre la gruesa tabla de cortar que habíamos comprado durante las vacaciones en Nuevo México y me giré para coger una cazuela para el arroz.

—Va a estar bueno, ya verás —dije—. No le echaremos demasiada sal ni lo coceremos demasiado, como hacen algunos con el cordero.

—No le diré a mamá que has dicho eso. —Sarah abrió la puerta de atrás y llamó a Basil. El chucho enorme entró meneando el rabo—. ¿Quién es un buen chico? —le hizo unos mimos y fue a cogerle una galleta del armario.

—Dale algo pequeño —dije, señalando al perro con la cabeza—. Está criando michelines, el pobre Basil.

—Es porque quiere ser como su dueño.

—Eh, retira eso ahora mismo —bromeé.

Basil meneó la cola y esperó. Sarah le pidió que se sentara para comer la galleta y se la dio.

—Un Rathbone para Basil.

Una broma familiar que nunca había tenido gracia, pero se negaba a morir.

Meg vino a vernos a la cocina.

—Así me gusta. —Se sentó a la mesa y se nos quedó mirando—. ¿Qué sabes del semestral de sociales, súper Sarah? Caray, cuántas eses en una sola frase.

—Estaba chupado.

—Me acuerdo de mi octavo de primaria —dijo Meg.

—Oh, no —dijo Sarah.

—Fue horrible —siguió diciendo Meg.

—¿Por qué? —Sarah peló una zanahoria.

—Por la señora Oliphant. Odiábamos a la señora Oliphant. La llamábamos la señora Elefante, aunque no tenía gracia porque era flaca como una escoba.

—¿Y por qué la odiabais? —preguntó Sarah.

—A ver, si lo preguntas para reírte de mí...

—No, no, lo quiero saber de verdad.

—Yo también —dije—. Por favor, háganos de la señora Elefante.

—Os odio a los dos. Me voy a quedar aquí sentada disfrutando de mi té.

—No tienes té —dijo Sarah.

—¿Por qué será?

—Voy a calentar el agua —dije.

—Gracias.

Como suele pasar, justo cuando estaba a punto de decir algo del tipo *cuidado, ese cuchillo está muy afilado*, Sarah se hizo un corte en el dedo. Era fácil olvidar que tenía doce años, pero lo recordabas en momentos como ese, cuando el dolor en realidad era miedo. Sostuvo el dedo en alto delante de la cara y se lo quedó mirando como si no se lo pudiera creer, con los ojos bañados en lágrimas.

—Ven, vamos a lavártelo. Déjame ver cómo lo tienes —dijo Meg.

Me aparté y dejé que se hiciera cargo ella. Se le daba bien hacer de madre.

—Sólo es un rasguño. Es bueno que salga un poquito de sangre de vez en cuando, así se van las impurezas del cuerpo.

—Duele —dijo Sarah.

—Bueno, sí, es normal que duela un poco. Un poco de dolor tampoco es tan malo. ¿Verdad que ya duele menos?

—Supongo. Sí.

—Espera, que cojo una tirita —dije, y me giré hacia el botiquín.

—Aprieta un poco y luego pon la tirita —dijo Meg.

—Sólo es una tirita si es de la marca «Tiritas» —dijo Sarah—. Las nuestras son marca Curad, o sea que técnicamente no son tiritas, son

apósitos.

—¿Estas cosas las ensayas con tu padre o qué?

—Su *apósito*, *mademoiselle* —le retiré el papel.

—*Merci, Monsieur*.

—¿Me permite? —pregunté.

—*S'il te plaît*.

—*Très bien* —dije. Se la puse en torno al dedo.

Meg se hizo cargo de la ensalada.

Cathartes aura. Recuperados un mínimo de cinco individuos, uno de ellos inmaduro. El *Cathartes* parece ser más común al final del Pleistoceno, quizás debido a la extinción de aves carroñeras de mayor envergadura como el *Gymnogyps* y el *Teratornis*.

Muchas historias empiezan por el final. La verdad era que yo no sabía cuál era el principio ni el final de la mía, si la parte del medio era realmente la del medio o estaba más cerca de un extremo o de otro, es decir, del principio o del final, ni tampoco si los extremos estaban conectados como los de una serpiente que se muerde la cola. Así que, aquí he empezado por mi hija y mi familia, que es un buen lugar para empezar, lógico y en todos los sentidos central. Aunque mi final está aquí —es decir, allí—, es también donde arranca la historia. Y es una historia que nunca guarda silencio, igual que nunca se callan los pájaros en la oscuridad de fuera de mi tienda de campaña cuando estoy a solas cerca de mi cueva. Me quedo acostado en el saco de dormir y me dedico a seguir sus canciones, una tras otra, búhos y codornices, cordeilinos y chotacabras.

resultado de una herencia autosómica de mutaciones en el gen CLN3.

Estaba observando cómo mi mujer llevaba a cabo su sesión nocturna de yoga. Mi ejercicio consistía en mirarla.

—Algo malo está pasando —dijo Meg.

—¿El qué?

—Tengo un mal presentimiento.

—No puedo hablar contigo si estás en la postura del perro boca abajo.

—Lo siento. —Cambió con naturalidad a la pose del guerrero. Aquello facilitó un poco la conversación—. Lo noto en el aire.

Asentí con la cabeza. Su declaración no habría significado gran cosa si yo no hubiera sentido lo mismo. Pero no se lo dije. Ya estaba lo bastante preocupada.

—¿Estás listo para la clase de mañana? —me preguntó.

—¿He mencionado que odio esa clase?

—¿Por qué?

—Pues porque estoy harto de describir y debatir la formación de rocas con una gente que en esencia también son rocas.

—Eres geólogo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Por qué no das el curso sobre karst el semestre que viene?

—Quizás. ¿Ya has terminado de seducirme?

—Sí, he terminado. Pero no estoy lista para la clase.

—Bueno, pues lee tus poemas y cosas tipo poemas y yo me quedaré aquí contemplando esta roca metamórfica que es mi pene. Quizás sea corneana o mármol. No, es novaculita, mi favorita. La rima es en tu honor.

—Qué bonito. Estaré en la sala.

—Gneis, eso es. Gneis está muy bien. Mi plagioclasa no durará.

—Buenas noches.

—Mi pizarra me da la tabarra.

—Buenas noches, Zach.

—Disfruta de tus endecasílabos.

Me quedé dormido sabiendo que iba a soñar, y en primer lugar soñé que sabía por qué soñaba, por qué sueñan los seres humanos. Soñamos, simplemente, para saber que no estamos muertos. La pura nada, la oscuridad total e inmóvil, resultaría tan aterradora, tan paralizante, que nunca nos despertaríamos. A mí los sueños no me suponían ningún entretenimiento, más bien una especie de faro. Mientras me quedaba dormido, se me ocurrió que iba a soñar con mi hija, que fue lo que pasó. En el sueño jugábamos al ajedrez, igual que hacía unas horas en la vida real,

pero las piezas eran demasiado grandes para los cuadros del tablero, y las treinta y dos eran del mismo color aunque todas cambiaban constantemente de color, del rojo al azul, del blanco al negro, todas al unísono, pero aun así seguíamos jugando. Sarah, con el pelo todavía más tupido de lo normal y recogido por detrás de la cabeza, tenía la mano suspendida encima del mismo caballo que en la vida real había sufrido una muerte tan poco noble.

—¿Es que no ves mi alfil? —le pregunté antes de que pudiera tocar la crin del caballo, que era primero verde y después rosa y marrón.

—¿Qué alfil? No veo ninguno. —Se me quedó mirando. Miraba fijamente, pero no a mí, sino a través de mí.

—Sarah. Sarah. Sarah.

No me contestó. No podía.

—¿Ves el alfil? —le pregunté.

Pero yo no estaba en sus ojos. Y en el sueño me pregunté si me estaría viendo; si estaría viendo, asimilando o por lo menos planteándose las limitaciones de la visión, el hecho de que tanto ella como yo sólo podíamos percibir una fracción del espectro total de las ondas lumínicas. Pensé en el punto ciego de mis ojos, ese punto ciego tan humano que hay allí donde el nervio óptico conecta con la retina, ese punto que el otro ojo intenta compensar, ese agujero, un agujero donde las cosas pueden desaparecer o retirarse o simplemente permanecer. ¿Acaso yo estaba en los agujeros de ambos ojos de mi hija? Sus ojos estaban abiertos y su visión enfocada, pero no podía verme.

—Sarah. Sarah.

Me desperté con un sobresalto. Lo hice para no morir.

Falco mexicanus. Cuatro huesos de esta especie, indicativos de un mínimo de tres individuos: uno adulto, otro inmaduro con envergadura de macho y otro inmaduro con envergadura de hembra. Hay que señalar que, de los halcones de mayor tamaño, esta especie, que anida en los acantilados, se encuentra con mayor frecuencia en yacimientos del sudoeste. Hay quien considera al halcón de la pradera un residente a nivel estatal que antaño era más común.

Meg dormía a mi lado en la cama. Le puse la mano en la baja espalda. Estaba caliente. No tenía claro si lo que me reconfortaba era su presencia o su calidez. La verdad era que no me sentía reconfortado en absoluto. Me acordé de la época en que mi hija solía venir todas las noches a nuestra habitación y meterse en mi lado de la cama. Nunca la animé a hacerlo, pero tampoco la disuadí. Sabía que dejaría de hacerlo, y así fue, de repente. Ya era preadolescente. Me preocupaba que empezara a resultar incómodo si seguía viniendo. Al mismo tiempo, quería que nunca dejara de venir a mí. Quería que regresara la niña.

el gen CLN3 está ubicado en la región P12.1 del cromosoma 16 y contiene por lo menos 15 exones que abarcan 15 kilobases.

Estaba en la puerta del aula. Acababa de empezar el semestre, así que me disponía a impartir por quincuagésima vez mi disertación sobre cómo había calculado Eratóstenes la circunferencia de la Tierra. Estaba preparado para ver los ojos vidriosos de los alumnos cuando introdujera las matemáticas en la sesión.

—¿Profesor Wells?

Me giré para ver a la joven que siempre se sentaba delante de mí en clase. Quería un sobresaliente, estaba claro. Y estaba claro que yo se lo iba a dar, porque se sentaba en primera fila y lo quería; era importante para ella.

—Señorita... —Intenté acordarme de cómo se llamaba.

—Charles. Rachel Charles.

—Señorita Charles. ¿Tiene alguna pregunta?

—¿Cree usted que Eratóstenes usó realmente el obelisco de Alejandría o usó una vara?

Era su sagaz estrategia para hacerme saber que se había preparado la clase. Me alegraba que se la hubiera preparado, pero al mismo tiempo me traía sin cuidado. Eso me hizo sentir mal. Pero sólo un momento.

—Sólo quiero decirle que me encanta su clase.

—Gracias, señorita Charles.

—¿Le importaría llamarme Rachel? No me gusta mi apellido.

Examiné su cara asombrosamente vulgar.

—¿Por qué? Charles parece un apellido bueno y sólido.

—Es el apellido de mi padre, que no fue muy buen padre. Y sigue sin serlo. ¿Le importa?

—Lo siento mucho. Muy bien, Rachel. —Miré el reloj—. Ya casi es hora de empezar y tengo que hacer unos diagramas en la pizarra.

—Muy bien —Miró hacia el final del pasillo—. Voy rápidamente a buscar un café. ¿Le traigo otro?

—No, gracias.

Se giró para salir.

—¿Rachel?

—Sí.

—Gracias por el ofrecimiento.

Acababa de llamarla por su nombre para que viera que me acordaba.

Sentí que se me caía el alma a los pies cuando entré en el aula. Sabía que unos años más tarde, lo único que los alumnos recordarían sería: «pienso, luego esquisto». En cambio, ninguno de ellos entendería la idea de que «la subducción genera orogenia».

Centroercus urophasianus. Una coracoides izquierda y una escápula izquierda procedentes de la superficie de la antecámara 1, correspondientes al mismo individuo. Las dos se encuentran dentro del espectro de tamaño de la hembra, igual que el húmero que se localizó en una excavación superficial anterior. En el extremo superior de la antecámara 1 también se encontró un fémur derecho bien preservado. Su longitud axial mínima es 68 milímetros y la máxima 73, lo cual también lo pone en el espectro de tamaño de la hembra del gallo de salvia.

En casa me encontré con un paquete que había dejado el cartero. Iba dirigido a mí, que era algo que siempre me emocionaba. Casi nunca adquiría cosas en Internet, pero había comprado en eBay una chaqueta *Filson* de lona impermeabilizada y por fin me había llegado. Dejé la caja a un lado para dedicarle un largo saludo a Basil y sacarlo al jardín de atrás. Estaba solo en casa así que me tiré en el sofá para disfrutar del silencio. Usé los recuerdos de la clase para ayudarme a dormir. Lo último que recuerdo

que pensé fue mi proclama exageradamente emocionada de que en el 200 a. C. los griegos ya habían sabido que la Tierra era redonda y que tenía unos cuarenta mil kilómetros de circunferencia. Cuando me desperté al cabo de cinco minutos, la caja seguía allí. La abrí y me probé la chaqueta. Me quedaba perfecta y estaba perfectamente envejecida y era perfectamente anticuada. A Meg y Sarah les resultaría perfectamente aburrida. Era perfecta.

Me volví a acostar en el sofá y miré las colinas del otro lado del ventanal. No había ni una sola nube en el cielo azul pastel de la tarde. Desde nuestra casa se divisaban los caminos que recorrían las faldas de las Montañas de San Gabriel. Me planteé vagamente sacar a Basil para que diera un paseo largo por la colina, pero soplaban los vientos de Santa Ana y estaba harto de pasar calor. En la casa se estaba fresco y me sentía cómodo. Me limitaría a quedarme allí tumbado y ponerme igual de gordo que mi perro.

Mi mujer y yo amábamos a nuestra hija y por eso estábamos juntos. De no ser por Sarah, dudo que todavía fuéramos una pareja. Nos caíamos bien el uno al otro y yo era un marido fiel y devoto, pero me sentía aburrido, y estoy bastante seguro de que ella también. Pero no pasaba nada. No estaba aburrido de mi familia. Tampoco de mi hija. No estaba descontento con Meg. No estaba descontento con mi trabajo, pese a que la mayor parte del tiempo me aburriera. Repito: simplemente estaba enamorado de mi hija y del hecho de ser padre.

Accipiter striatus. Un hueso, un tibiotarso, en el espectro de tamaño de la hembra. Hoy en día es una especie poco común en esta zona. *Buteo jamaicensis*. Esta especie, muy común por la zona, está representada por un tarsometatarso completo. Una pelvis de buteonino quemada y rota. Una coracoides dentro del espectro de tamaño de por lo menos tres especies de buteoninos.

La situación evolucionó, como pasa siempre, y como es habitual en esa clase de evoluciones, «situación» aquí es sinónimo de «problema».

Una mala nota en el examen de ciencias sociales de Sarah la llevó a

confesarnos que estaba teniendo problemas de vista. Veía la pizarra borrosa. Y las páginas también. Era un problema fácil de solucionar y de aceptar. Mi mujer llevaba gafas desde pequeña, de manera que no nos sorprendió que Sarah hubiera heredado sus ojos.

La cita con la optomestría fue un miércoles. Yo no daba clases los miércoles, así que la llevé. La doctora era una joven agradable que tarareaba mucho, y cada vez más a medida que avanzaba el examen. Le pregunté por qué tarareaba. No me contestó. Hizo que mi hija mirara una granja lejana.

—¿Mejor o peor?

—Peor.

—¿Mejor o peor?

—Igual.

—¿Y ahora?

—Igual.

—¿Y ahora?

—Igual.

Movió a mi hija y le volvió a examinar los ojos con el foróptero. Por fin la doctora me dijo:

—No le puedo recetar gafas porque no entiendo qué le pasa. Parece tener al mismo tiempo miopía e hipermetropía y ninguna de las dos cosas.

—¿Qué me está diciendo?

—Nada. No le puedo decir nada. Creo que necesita ver a un oftalmólogo. No le he encontrado ningún problema en los ojos.

En el mejor de los casos, aquello era desconcertante. En el peor de los casos, me hacía subirme por mis paredes interiores como un grillo enloquecido. Le transmití la escasa sustancia de la visita a mi mujer y nos pasamos el resto de la noche subiéndonos por nuestras paredes respectivas y turnándonos para decir nimiedades optimistas.

—¿Qué crees que le pasa? —me volvió a preguntar.

—He pedido hora con la doctora Terence. Mañana a las tres. Ella nos dirá qué hacer.

—Nunca me ha caído bien la doctora Terence. Siempre se está haciendo la graciosa.

—Es porque es pediatra. Pero bueno, nos dará el nombre de un oftalmólogo. Puede que sea un problema sencillo.

Meg asintió con la cabeza.

Meleagris crassipes. De un nido de ratas se obtuvo la punta distal de un tarsometatarso. Unos vándalos habían quemado el nido, de forma que el hueso estaba un poco calcinado. El frágil espécimen había sufrido desperfectos tras su identificación y había tenido que ser restaurado. El plano de la tróclea y la curvatura del extremo más distal del eje distinguen a esta especie del pavo común, *M. gallopavo*.

Tuve un sueño en el que ya de entrada no confié, seguramente debido a su ambientación: en el sueño, no era yo, sino alguien que me conocía bien y fingía ser yo. Aquel individuo llegaba a mi casa para sentarse con una mujer que fingía ser mi mujer y con mi hija, que sí era mi hija. Mi hija sabía que ninguno de sus padres era el de verdad, pero no decía nada. Estaba aterrada, y encima en silencio, que era la peor forma de estarlo, más asustada de lo que yo la había visto nunca. Incluso al falso yo se le contagió aquel miedo, y, estuviera donde estuviera, mi yo verdadero sentía un frío intenso en la boca del estómago. Mi hija movía la comida por su plato con una cuchara y al falso yo esto le resultó extraño. Su padre y su madre falsos hablaron de cosas que no habían sucedido. Luego, en el sueño, me quejé de mi sueño, me identifiqué a mí mismo como su artífice y me reí. Al reírme, no supe si era yo o el yo de mentira. Me desperté experimentando la misma sensación.

Había agentes de la ley en Juárez que planteaban la posibilidad de que los asesinos de las mujeres fueran adoradores del diablo. Dibujaron un mapa que mostraba que las ubicaciones de los asesinatos pasados dibujaban un pentágulo. La gente ve lo que quiere ver. Con tantos lugares donde se estaban cometiendo asesinatos, se podría dibujar un árbol de Navidad, o la cara de un caniche.

Hilary Gill era profesora asociada. Su especialidad eran los terremotos, aunque por desgracia todavía no había hecho nada que hiciera temblar el suelo. Era extremadamente joven, un rasgo que en el momento de

contratarla había sugerido genialidad pero que ahora, después de cinco años de improductividad, apuntaba a simple inmadurez. Cuando ya se le agotaba el tiempo, vino a verme y me preguntó cómo podía conseguir una plaza fija y evitar el despido.

—¿En qué estás trabajando? —le pregunté—. ¿Tienes algún artículo casi terminado? —Yo ya sabía la respuesta.

—Pues no.

Estábamos sentados en un café del campus situado cerca de los campos de entrenamiento de fútbol y fútbol americano. A nuestro lado pasaban deportistas en chanclas, hombres y mujeres, con andares cansinos. Hilary no paraba de echar vistazos incómodos a su alrededor.

—¿Cómo tienes el trabajo de campo? ¿En qué punto se encuentra?

—Tengo muchos datos. —Lo cual siempre era una mala respuesta.

Di un sorbo a mi café y me fijé en que Hilary evitaba mirarme. Hacía un par de años yo le había indicado que no hiciera caso del consejo de los colegas que le decían que asistiera a todas las conferencias que pudiera. Le había sugerido que rechazara todo el trabajo del comité. No había seguido mi consejo y allí estaba, intentando desesperadamente hacer que un puñado de datos encajaran en unos experimentos mal diseñados. Y, por supuesto, sin becas.

—¿Qué puedo hacer?

—No sé qué decirte, Hilary. A veces las cosas llegan a un punto en que ya es demasiado tarde.

—¿Qué estás diciendo?

—Creo que estoy diciendo que deberías empezar a buscarte otro trabajo.

Hilary no lo exteriorizó, pero estaba llorando. Fue entonces cuando me di cuenta de que no era la primera conversación de aquel tipo que tenía. Yo no era especial. Estaba claro que estaba acudiendo a un colega tras otro en busca de alguna estrategia o simplemente de que le dieran ánimos y le transmitieran optimismo, por desencaminado que estuviera.

—A veces simplemente ya es demasiado tarde.

Verdad y satisfacción.

Mientras esperábamos con mi hija para ver a la pediatra, mi mujer y yo